

Caseros... hace cien años...

por
VÍCTOR LUIS FUNES

II

Rosas se retira del país. Es después de Caseros. "En estos momentos, escribíale Manuelita en carta a Josefa Gómez, nos hacemos a la vela para Londres... El está con toda su grandeza de alma, no se ve en él un contraste sino la satisfacción de su conciencia. Adiós, amiga mía..." (44)

El *Conflic*, hendiendo con su casco las ondas atlánticas, encrespadas por la sudestada, y adornado de espumas, cual guedejas de plata, indicó con la proa su destino: el naciente...

"Es seguro que sus ojos se humedecen al ver cómo se aleja su patria tan amada, piensa el Dr. Manuel Gálvez, su patria que él defendió durante largos años. Ha comenzado el viaje. Ha comenzado, para el Defensor de la Independencia Americana, el camino del perpetuo destierro".

Uno de los tantos amigos acompañaría al Dictador, en la amarga ruta del exilio: el Gral. Dr. Pascual de Echagüe. (45) Agradeciendo este gesto, el general Rosas, al separarse de él en Cádiz, le regalaría su puñal de oro y terciopelo punzó, que hoy conservan los descendientes de José Victorica.

Con los golpes de las olas contra proa, abriendo surcos al mar, dibujando su enarbolado velamen en el visante gris plúmbeo de aquel firmamento, dejó atrás Buenos Aires.

Está tranquilo; sumergido en muy denso vaho de remembranzas.

De pie en la borda, con apostura hidalga. Enhiesto, sin

(44) El original de este documento es propiedad del Museo Histórico de Luján, donde se exhibe.

(45) Funes, José María: *General Doctor Pascual de Echagüe*. Biografía inédita.

exteriorizar vituperios, ludibrios o escarnios; conteniendo sus reacciones anímicas.

Perdida la mirada u oteando el horizonte, y apagada la sensibilidad auditiva, entre el murmullo sordo del mar y el canto de la brisa entre las cuerdas, crugiendo bajo sus pies los maderos de la nao en sus vaivenes, su pensamiento vaga y se aleja evocando el pasado.

“Los hombres de la gran isla
lo recibieron con salvas
y esta grande distinción
—estrepitosa, espontánea—,
debióse a que Rosas era
amigo de Gran Bretaña”.(46)

“Rosas, dice Ibarguren, afrontó su destino con serenidad y estoicismo”. Así opinaría Alberdi, años después de su caída. “Poco le quedaba conocer de la vida y del hombre”. Sin embargo, se hicieron proféticos sus vaticinios. “El país, había dicho, se encontraba parcialmente preparado para un ensayo constitucional”; y prueba de ello son los hechos que siguen.

El general en jefe de los ejércitos aliados, don Justo José de Urquiza, acampado en San Benito de Palermo, propiedad del Dictador, aguardaba con ansiedad su entrada a la capital.

“Así terminó en Buenos Aires, dice Silvestre, aquella tiranía sangrienta y bestial que había durado veinte años terribles, cuyo capítulo más sangriento son los del 40 y 42”.

Si era cierta la existencia de una época denominada “del terror” —período muy discutible (47)—, los hechos sangrientos posteriores a la batalla, nos capacitan, con incontestable evidencia, para afirmar que aquel período cruento no había finiquitado aún.

Entiendo, como lo aseveraba en la *Prelusión*, que estos acontecimientos nos manifiestan que el país, no educado suficientemente para aceptar la imposición de gobiernos antidemocráticos, reaccionaba “thanáticamente”, desbordando las márgenes racionales, con toda la violencia del bruto.

(46) Viñas Balugera, Pedro Ignacio: *Rosas*. Romancero. Santa Fe, 1945, pág. 163.

(47) “Tendrá que aceptarse, escribe Dardo Corvalán Mendilaharsu, al fin, que la leyenda de los martirios impuesta a Rosas, que constituye el dibujo impresionante de la literatura unitaria, no es la Historia; es simplemente el procedimiento aplicado con extraordinaria fortuna, para mantener, con sensiblerías, indispuerto el espíritu sobre aquella época y sus hombres” (*Rosas*, 1929).

“Si Rosas era la barbarie, barbarie era todo el país”.

“¿Aquello era civilización contra barbarie?... No me apresuro a responder: aquello era la civilización y la barbarie todo junto, el nacimiento de una democracia y de una cultura” (Ricardo Rojas).

Son demostrativos, además, sobre todo los casos especialísimos que detallo a continuación, que no fueron exclusivos del gobierno anterior los métodos, que ahora, con éxito, empleaban los vencedores.

Trágico período de cuatro lustros...

Corre decapitando la guadaña de la muerte, y, a su paso, ruedan las testas de personajes. Desde Chilavert hasta el mismo don Justo José, y más tarde Ricardo López Jordán.

Grueso volumen podría formarse con la compilación de los desórdenes, asaltos, conatos revolucionarios, indignantes asesinatos a mansalva. Mas, no es objeto de estas notas historiar todas las acciones irrefrenadas de esos hombres, después de Caseros, sino mentar las principales, ya que éstas, tácitamente, confirman las otras.

¡Solamente con los disturbios preelectorales, entre los que se incluirían asaltos a urnas, como el de Balbanera, acaecidos en la provincia de Buenos Aires, podríamos escribir un truculento drama!

Desde los primeros instantes posteriores al trascendental hecho de armas de Monte Caseros, comenzaron los desmanes. No soy yo quien lo ha aseverado; son los testigos presenciales, antiguos emigrados, o personas imparciales, que así lo afirman.

Salvajes son los sucesos que siguen a la batalla...

Veamos. Cuenta César Díaz:

...“Algunos escuadrones de nuestra caballería, encarnizados en la persecución de los vencidos, habían quedado dispersos después de la batalla. Muchos soldados de estos cuerpos, de regreso al Ejército, entraron en grupos a Santos Lugares, invadieron todas las pulperías y casas de trato que encontraban abandonadas, se embriagaron en ellas y, después de haber saqueado todo cuanto contenían, corrían en todas direcciones disparando sus armas en señal de triunfo y alegría”. “Cruzaban por todas partes, a todo el correr de sus caballos y al son de una infernal música de cuernos, en busca de incentivos para su feroz rapacidad. Las balas pasaban sobre nosotros en número tan considerable, que no parecía sino que el combate se hubiese renovado; por manera, que después de haber salvado la vida del plomo de los enemigos, estábamos en un tris de perderla a manos de nuestros mismos soldados. Al principio pensé yo que este desorden sería momentáneo y pasajero...” (48)

(48) *Memorias*, pág. 262, ed. “Solar”.

Y en el capítulo VIII, (49) página 266, escribe:

“Un enjambre de soldados montados, seguidos de porción de gente a pie, todos munidos de la divisa de guerra que nuestra caballería había usado en la batalla, se derramaron por todos aquellos barrios de la ciudad, en que había joyerías y tiendas de valor, y dieron principio a un espantoso saqueo. En breves instantes, todas estas tiendas, entre las cuales contenían hasta dos millones de capital, quedaron arrasadas, y sus propietarios reducidos a la mendicidad”.

“Hecho el saqueo de un barrio, pasaban a otro, y luego a otro, con una voracidad creciente en razón directa del número de ladrones que se iba por momentos multiplicando”.

“Aterrado el vecindario en los primeros instantes de esta irrupción vandálica, nada pudo hacer por la defensa de sus intereses: los hombres se encerraron en el interior de sus hogares, y allí se mantuvieron preparados a defender las vidas de sus familias que desde luego creían también amenazadas”.

Hortelano dice (50) :

“La comisión (se refiere a la formada en Buenos Aires inmediatamente a la caída de Rosas), juzgaba en el acto a los que traían presos los ciudadanos, e identificadas las personas, eran en el acto pasadas por las armas en el patio de la cárcel”.

“Se calcula en 500 personas las que murieron en las calles y fusiladas por la comisión militar”.

“El coronel Virasoro, recuerda este señor, después de dar una vuelta por la plaza, se retiró hacia la del Retiro, sin tomar ninguna disposición para mantener el orden”.

El ejército de la “paz” y de la “cultura”, como lo comprueban los relatos precedentes de este imparcial español, y sus jefes, permanecieron gélidos ante tantas calamidades.

Comienza esta “Tabla de Sangre”, con el indigno asesinato de Martiniano Chilavert; muerto por la espalda, sin tribunal ni proceso. Su cabeza rodó a puntapiés por los corredores, en la casa de Palermo.

“El 4, a la tarde, cuenta César Díaz, (51) cuando nosotros llegamos con el ejército, hallamos los cadáveres del coronel Chilavert y de otro individuo cuyo nombre no pude averiguar, en medio de la calle principal de la quinta”...

“A la fusilación de Chilavert siguieron muchas otras. Un bando del general en jefe (Urquiza) había condenado a muerte al regimiento del coronel Aquino, sublevado en el Espinillo, y todos los individuos de este cuerpo que cayeron prisioneros en Monte Caseros, fueron pasados por las armas. Se ejecutaban todos los días de a

(49) Op. cit., pág. 266.

(50) *Memorias*, citadas.

(51) Op. cit., pág. 267.

diez, de a veinte y más hombres, juntos, sin otra formalidad que la de justificar la identidad de las personas, para lo cual se consideraba suficiente la denuncia de los mismos prisioneros. Las ejecuciones tenían lugar en los campamentos, es decir, en medio de las quintas o a las orillas de los caminos más frecuentados; y los cuerpos de las víctimas quedaban insepultos en los mismos parajes en que habían sido privados de la vida, cuando no eran colgados en alguno de los árboles de la alameda que conduce a Palermo. Las gentes del pueblo que venían al Cuartel General atraídas por el natural deseo de conocer a su libertador, se veían a cada paso obligadas a cerrar los ojos para evitar la contemplación de los cadáveres desnudos y sangrientos, que por todos lados se ofrecían a sus miradas”.

“Morían otros que no habían pertenecido al regimiento rebelde, en la misma forma ejecutiva que aquéllos. Me acuerdo, entre otros, de dos hermanos oficiales de la división Galán, cuyos cadáveres vi yo mismo una mañana en la calle principal de Palermo, dos o tres días después de muertos.

“Para los que no estamos acostumbrados a estos actos de verdadera crueldad, eran en extremo mortificantes”... “...a todas horas y de todas partes, nos llegaban a los oídos, por decirlo así, hasta los gemidos de las víctimas al exhalar la vida”.

“Hablabo una mañana con una persona que había venido de la ciudad a visitarme, cuando empezaron a sentirse muchas descargas sucesivas y con intervalos bastante regulares. La persona que me hablaba sospechando sin duda de la verdad del caso, me preguntó: ¿qué fuego es ese? —Debe ser ejercicio, respondí yo sencillamente, porque a decir verdad, tal me había parecido; pero otra persona que sobrevino en ese instante y que alcanzó a oír mis últimas palabras, ¿qué ejercicio ni qué broma, dijo, si es que están fusilando gente!”

“No negaré yo, reflexiona Díaz, que en un ejército hay casos en que el rigor y hasta la crueldad son indispensables para contener a los soldados en los límites de la subordinación y la moral; pero no es posible convenir, en que jamás sea lícito, prescindir absolutamente de la observación de las reglas que las leyes humanas tienen establecidas” (!!!).

Juzgando el proceder y los medios utilizados acércanse a mi consciencia los términos leídos en un extraño y “curioso” documento, publicado, según el Dr. Rosa, (52) en la obra de Gregorio F. Rodríguez, intitulada *Contribución Histórica y Documental*. Es una epístola signada por el bravo general Juan Lavalle, y dirigida el 16 de julio de 1829, al entonces comandante Juan Manuel de Rosas.

(52) *Rosas y el Ejército Libertador* (Publicación del Instituto de Estudios Federales de Santa Fe), N° 3, Santa Fe, págs. 20 y 21.